

la sonrisa relajada de un Willy Brandt al que aclaman enervados sus correligionarios: únicamente doscientos cuarenta y siete diputados votaron a favor de la oposición. Rainer Barzel ruge de ira: "Hay traidores en nuestras filas".

Aunque siete meses después, en las elecciones de noviembre de 1972, Brandt se viese nuevamente confirmado en sus funciones de jefe de gobierno, a los cristiano-demócratas los obsesionaba la idea de identificar a los «traidores». Pues bien, por fin han descubierto a uno de ellos: Julius Steiner, ex diputado demócrata-cristiano, quien confesó haber depositado en la urna, aquel 27 de abril de 1972, una papeleta en blanco en lugar de un voto en favor de Barzel, y por más que afirmase haber actuado por "convicción política", todo parece indicar que el idealismo jugó en ese «affaire» un papel secundario.

Se sabe, en efecto, que Julius Steiner, hombre de inteligencia más bien media, había entrado en contacto, al igual que otros parlamentarios de Bonn, con los servicios de información de la Alemania Oriental. Berlín-Este concedía un sustancial «sobresueldo» a este diputado, que soñaba con viajar a países exóticos y llevar una gran vida, pero cuyos ingresos mensuales no superaban las sesenta mil pesetas.

En una palabra, Steiner cobraba un sueldo de la RDA a cambio de proporcionar a ese país ciertas informaciones confidenciales, bien auténticas, bien imaginarias.

Hasta aquí no hay de qué sorprenderse: en Bonn todo el mundo sabe que la Alemania Democrática dispone, en el territorio federal, de una amplia red de agentes, algunos de los cuales ocupan incluso puestos en la administración.

El llamado «affaire Steiner» estalló cuando se supo que el diputado había sido sobornado igualmente por ciertos miembros prominentes de la social-democracia, partido de Willy Brandt, que no sólo estaban al corriente de las actividades ilegales del diputado, sino que, al parecer, se aprovecharon cínicamente de esa circunstancia: se dice que Karl Wieland, secretario del grupo parlamentario social-demócrata, propuso doscientos cincuenta mil marcos a Steiner para que apoyara

se al gobierno en los debates en torno a los tratados con el Este.

Una comisión parlamentaria se ocupará de investigar este asunto. Sin embargo, lo grave es que al «affaire Steiner» se añade ahora el «affaire Wieland», y este que acaba de entrar en danza es un personaje de muy distinta envergadura.

Karl Wieland representó a la social-democracia alemana en el reciente Congreso de la Internacional Socialista celebrado en París. La decisión de enviarlo como delegado a París en representación de Willy Brandt sorprendió a todo el mundo: ¿no había pensado sobre él, tres años atrás, la acusación de estar mezclado en un sórdido asunto de corrupción? En efecto, había corrido entonces el rumor de que Wieland, «consejero» de una gran empresa de construcciones aeronáuticas, había recibido un «sobre» de la misma por sus gestiones cerca del gobierno, gestiones que le habían valido a dicha empresa importantes contratos con la administración federal. Una comisión parlamentaria trató de esclarecer los hechos, pero el partido social-demócrata consiguió, en última instancia, salvar a Wieland de la picota.

Hoy la opinión pública pide que se haga por fin justicia, pues todo el mundo sabe que dos secretarios de Estado se vieron recientemente obligados a dimitir por razones idénticas a las que presidieron en el «affaire Wieland»: los citados políticos habían sido comprados por empresas privadas a cambio de «servicios rendidos» cerca de la administración.

La opinión pública alemana exige igualmente justicia en relación con el caso Steiner, pues ahora se sabe que otro diputado cristiano-demócrata, Wilhelm Helms, está dispuesto a aportar pruebas de que se le ofrecieron sumas «ilimitadas» en 1972 para que votase a favor del gobierno de Brandt.

Como ocurre con el caso Watergate, este sórdido escándalo de corrupción política registra reacciones en cadena. Preocupado por las proporciones que parece tomar, Willy Brandt ha pedido al Parlamento que vote una ley que obligue a los diputados a «dar cuenta de los ingresos no parlamentarios que superen la cifra de mil quinientos marcos mensuales...». ■ GERARD SANDOZ.

# La Capilla siXtina

## FUE SOLAMENTE UN INSTANTE

*Un instante. Fue solamente un instante. En la televisión, la llegada del Doctor Cámpora, con la presencia de Jesús Suevoz entregándole las llaves de Madrid.*

*Por una radio del patio interior salta la voz de Manolo Escobar cantando Que viva España. Sobre mi mesa de trabajo (y de todo), un recorte de periódico que ha sobrevivido a mis comidas, lecturas y escrituras porque me fascina: la Asociación de Padres de Familia da el espaldarazo a la censura. Y entonces, por un instante, he creído vivir hace veinticinco o treinta años. He creído que el recibimiento se dispensaba a Eva Duarte de Perón, que la canción que me subía del patio era Como en España, ni hablar y la cantaba Germán Montenegro, y que el recorte sobre la declaración de los Padres de Familia no tenía fecha, ni precio, a manera de cheque en blanco, firmado para siempre y desde siempre.*

*He bajado la escalera de cuatro en cuatro hasta el piso de Encarna. Ante el televisor, quince o dieciséis argentinos de ambos sexos meditaban o comentaban. Encarna, de anfitriona, repartía bocadillos de pollo con lechuga y mayonesa sobre los que habría mucho que decir, porque ¿alguien se imagina la posibilidad de mojar el pan en la ensalada? ¿Acaso el pollo justifica la alianza entre el pan y el vegetal? Bien, los dieciséis argentinos, en tres minutos, han dicho que los pollos de granja españoles no saben a nada, que los cámaras de televisión tienen que aprender su oficio, que Encarna tenía mal distribuidos los muebles del "living" y que, desde luego, no tenía ni idea sobre la graduación de la luz mediante la regulación de los postigos.*

*Encarna ha adivinado mi perplejidad, y en un aparte me ha dicho:*

—Ya sabe usted cómo son.

—No. No lo sé.

—Un poco fantasmas, pero buena gente. ¿Que quería usted? ¿Se le ha estropeado el televisor?

—Quería comprobar que existías, porque por un momento he pensado que el tiempo había vuelto atrás.

—Pues aquí estoy. Existo.

*Encarna tenía la sonrisa de sus*

*momentos de bienaventuranza, la piel levemente teñida de dorado por el sol de los saltos del Alberche, la carne fresca, como recién puesta, en ese estado que sólo captas en contadas muchachas doradas, con o sin flor. El cabello le caía vencido, lento, cuando se inclinaba entre sus amigos para dar o recoger platos. Me arrinconé voluntariamente, dispuesto a convertir a los argentinos en espectáculo, en la sospecha de que habitualmente nos toman a nosotros como espectáculo. Al más próximo le pregunté qué opinaba de Cámpora.*

—Es un milagro metafísico. Existe, pero no es.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—O todo, o nada.

—Pero, ¿quién de los dos tiene más posibilidades?

—Nada. Yo apuesto mil pesos por nada.

*No todos estaban de acuerdo. Empezaron a discutir entre ellos. En quince minutos se mezclaron conceptos y profecías de marxismo leninismo, marxismo guevarismo, marxismo peronismo, antipsiquiatría, reichismo, alquimia, astrología, borgismo, antiborgismo, martinfierrismo, antimartinfierrismo, contrainterpretacionismo, contraculturalismo y contraculturalismo, macrobiotismo, allendismo. Encarna me ha visto ganar la puerta y ha venido hacia mí.*

—¿Se va?

—Sí. A mí me gustan las discusiones culturales por orden alfabético, y esta gente se pasa de la A a la Z en fracciones de segundo.

—Pero están vivos y han demostrado que pueden y quieren cambiar su propio destino histórico.

*Minutos después, ya en mi casa, en el televisor Cámpora o Eva Duarte de Perón, en el patio Que viva España o Como en España, ni hablar, sobre mi mesa el recorte de los Padres de Familia 1973 ó 1947, he pensado que Encarna tiene razón. Que están vivos y tal vez padézcan la confusión de los vivos y, en cambio, nosotros padecemos la confusión de los muertos, no sé desde cuándo, con el privilegio de asistir desde siempre y para siempre al espectáculo de las mismas imágenes, las mismas palabras.*

SIXTO CAMARA